

Cuando ellos nos deshonran y nos matan,
Es porque está á cubierto su maldad.
Los jueces son invulnerables. Ellos
No tienen quien los hiera ni los veje :
Si el malo los corrompe y los protege,
Los tolera la imbécil sociedad.

¡Ven, ven, hermano! La virtud vencida,
Miserable y pobre por la tierra vaga,
Mientras el mundo en su abyección halaga,
Premia y corona al crimen vencedor.
Á la espada apelemos como todos
Los que han vencido imperios, y ante el trono
Vendrán á arrodillarse sin encono
Los mismos que hoy maldicen al *Traidor*.

El poder es justicia. Si, es preciso
Que hoy le deje un rótulo á la historia,
Que le cambie y le dore la victoria;
Rey, no *Traidor*, don Álvaro será.
Los que hoy llaman perverso al que conspira,
Santo al que venza llamarán mañana,
Y entre el oro y el nácar y la grana
El crimen en virtud se trocará.

Porque ante el brillo y majestad del trono
Se ocultan los delitos : cuantos fueron
Monarcas al principio, lo debieron
Á su fortuna, audacia y ambición.
Y seremos como ellos, y fundando
Un reino unido, poderoso y grande,

No habrá, en el orbe, rey que nos demande
Homenaje de amor y admiración.

¡Ven, pues, hermano, ven! — Y con la diestra
De su campo mostrábele el camino. —
Desde allí se castiga al asesino;
Ven, pues, conmigo, á castigarlos; ¡ven! —
Y de su ojo entusiasta parte un lampo
De viva luz que el rostro le ilumina :
Es su actitud la de ángel que domina
Al proscrito en las puertas del Edén.

Habló Alvar, y á su campo dirigióse
Pensando que su hermano le seguía;
Mas al verle quedar, en furia impía
Trocó todo su afecto, y preguntó :
— ¿Vienes, ó no?

— ¡No voy!

— Pues desde ahora

Yo reniego de ti, no soy tu hermano;
No; que tú eres el cómplice inhumano
Del asesino que á tu padre hirió.
¡Quédate, pues, con él; presta tu brazo
Al vil traidor, al bárbaro verdugo;
Besa sus pies, inclínate á su yugo;
Defiende todo cuanto ataco yo!

¡Y que la sombra de mi padre se alce
De su sepulcro, cárdena y sangrienta,
Y al hijo vil que consintió en su afrenta
Siempre sus ayes maldiciendo estén!

¡Ó eterna unión, ó división eterna!
 ¡Ó alianza fraternal, ó guerra á muerte!
 ¡Eh! ¡decide tú mismo de tu suerte!
 Mi postrera palabra es ésta : ¡Ven! —

En la mano convulsa sostenida
 Tiene Gonzalo la espaciosa frente.
 Cual si agobiara el pensamiento ardiente
 La mente con su peso abrumador.
 Fijos los ojos en el verde suelo,
 Sin ver y sin sentir, está ocupado
 Revolviendo en el cérebro abrasado
 Del hermano el discurso aterrador.

Y meditó un instante. Luego alzando
 La noble frente sobre el cuerpo enhiesto,
 Hace brillar en su ademán y gesto
 Imponente y severa majestad.
 De pie y erguido, en sus radiantes ojos
 Dilátase la cóncava pupila;
 La frente ostenta cándida, tranquila,
 Mientras fulmina el labio la verdad.

GONZALO.

—¿Y hacia dónde he de ir? ¿Quieres llevarme
 Á aquel reducto en que descansa ahora
 La soñada potencia, protectora
 De tu delito horrendo y tu poder?
 ¡Bien! supongo ; ya estoy entre los tuyos.
 Ó vences ó sucumbes en la lucha :

¿Estás vencido? Pues la voz escucha
 Del mundo, que maldice hasta tu ser.

¿Estás triunfante? Pues el brazo fuerte
 Extiende, manda, recompensa, ordena;
 Castiga, si lo puedes; ¡doma, enfrena
 Aquella turba que á tus pies está!
 La turba de sacrílegos bandidos
 Que al resplandor de la incendiaria tea,
 En salvaje algazara se recrea
 Con esa sangre en que embriagada va...

¡Tú levantar á la Justicia un trono!
 ¡Tú vindicando el filial cariño!
 ¡Tú que en la sangre de inocente niño
 Has empapado tu puñal, crüel!
 ¡Tú que la Plata en báquica alegría
 Diste al cuchillo y á voraces llamas;
 Tú vengador del hombre te proclamas,
 Tú que eres un azote para él!

Dí, ¿qué tienen que ver tus bandoleros
 Con la venganza que Gaspar reclame?
 ¿Es por ventura el asesino infame
 El que debe á mi padre vindicar?
 ¡Pues yo te digo que Gaspar reniega
 De la venganza bárbara, infelice!
 Y desde el cielo, donde está, maldice
 Al que intenta su nombre profanar.

Y yo te digo que quien busca ayuda
 Para vengar á un padre calumniado,

Ya degenera del valor legado
 Por padre á hijo, de uno en otro Oyón ;
 Y que si el noble hidalgo en este instante
 Se levantara de su tumba fría,
 Sobre tu crimen, Álvaro, echaría
 Su justa, abrumadora maldición.

¿No tuvo padre el inocente infante
 Que asaste en el incendio? ¿No tenía
 Hijos el magistrado que tu impía
 Mano de un golpe y sin razón mató?
 ¿Conque la humanidad es tu juguete?
 ¿Conque es tu diversión el sacrilegio?
 Tienes de amar al padre privilegio
 Tú solo... ¡y ya, por ser tu hermano, yo!

¡Torna la vista, Alvar! ¡Mira tus huellas!
 ¡Oh! donde quiera que posó tu planta
 Hay sangre y duelo... Tu grandeza espanta;
 ¡Estremecen tu nombre y tu poder!
 ¿Qué hay en tu campo, Alvar? Sólo asesinos,
 Y antropófagos bárbaros, sedientos
 De sangre. ¿Y éstos son los elementos
 Con que va la virtud á renacer?

Dame hechos, no palabras. Tus delitos
 Están contradiciendo la mentira
 De esa elocuencia que á tu labio inspira
 Un instinto perverso y seductor.
 Dame hechos, no palabras. Con traidores
 No se lava el honor amancillado,

Ni se reforma el hombre. Tú inmolado
 Serás de esos malvados al furor.

Mientras la destrucción rija tu brazo,
 Aquella turba vil que se divierte
 En medio del incendio y de la muerte
 Tendrá tu genio y tu poder por ley.
 Mas si quieres fundar, si buscas puerto
 Para escapar al piélago infinito
 De la maldad, el hijo del delito
 Á su interés inmolará su rey.

Roto el encanto que sujeta al hombre
 Al poder que por hábito venera,
 En multitud sin freno y altanera
 Todos ya tras el cetro correrán.
 Cual tú, querrán ser reyes, y en perpetua
 Sucesión opresores á opresores,
 Y traidores infames á traidores,
 Y á bajezas bajezas seguirán.

¡Por medios tales elevar pretendes
 Con los escombros del imperio hispano
 En este mundo nuevo americano
 Á la justicia espléndido dosel!
 ¡Si, el traidor de lealtad dará lecciones,
 De lástima y piedad, el asesino,
 Y del derecho enseñará el camino
 El bandolero bárbaro y crúel!

¡Quien degüella á los párvulos, su ofrenda
 De piedad y de amor enviará al cielo;

Quien profana el altar, dará consuelo
Al trémulo ministro del altar!
¡Y así tu sociedad regenerada
Y llena de virtud y bienandanza,
Dejará satisfecha tu esperanza
Y honrada la memoria de Gaspar!

¡Bien! Álvaro, ¡muy bien! ¡Tus foragidos
Van á hacer de la tierra un nuevo cielo;
Tu nueva sociedad será modelo :
La escuela es nueva, santa la lección! . . .
¡No! Jamás el delito regenera;
Que está en el cielo y en la tierra escrito,
¡Ay! ¡que el delito engendrará delito,
La infamia infamia, la traición traición!

Y aunque logres vencernos, nunca, hermano,
Conocerás la paz ni la ventura :
Dolor interminable, honda amargura
Tus hechos y doctrinas brotarán.
Los que á vencer por interés te ayuden
También por interés te harán la guerra,
Y aspirando al dominio de la tierra,
Como calculas tú calcularán.

Y se equivocarán, cual se equivoca
El hombre siempre en su opinión falible;
Y en desorden satánico y horrible,
La ambición empujando á la ambición,
Á la envidia la envidia, el lucro al lucro,
Y el egoísmo torpe al egoísmo,

La sociedad sin fe, sin patriotismo,
Hervirá en loca, eterna confusión,

En caos espantoso, donde el crimen
Con que pretendes dominar el mundo,
Será tan sólo en crímenes fecundo,
Tanto que de tus obras temblarás.
Y en lugar de juntarse, separados
Los pueblos por la fuerza del delito,
Cada cual contra ti lanzará el grito
Que con tu ejemplo autorizado habrás.

Y en lugar de virtud, el crimen sólo
Del crimen que le engendra renaciendo,
En perpetua cadena irá prendiendo
Al delito el delito, al mal el mal.
Y en lugar de riqueza, la miseria
Será sombra del crimen y su precio,
Y en lugar de poder tendrá el desprecio
Del universo el pueblo criminal.

¡Apóstol del terror! Sueñas en vano :
¡Ay! has de verte debelado, herido
Por el mismo sacrilego bandido
Que tu mano al delito acostumbró.
Escorpión que la prole maldecida
Del crudo seno arroja emponzoñado
Para ser por la prole devorado
Á quien la vida y la ponzoña dió.

Tal eres tú. No pienses que á la lumbre
De sacrilega espada parricida

Cobre vigor la sociedad herida ;
 Al vicio le corrige la virtud :
 La virtud, que redime y no esclaviza,
 Que resiste con Fabio y con Leonidas,
 Que eleva á las naciones abatidas
 Con Sócrates muriendo y con Jesús.

ÁLVARO.

— Aguarda. . . . ¿ Qué es virtud ?

GONZALO.

— El sacrificio

Del yo por lo demás : el santo olvido
 Que hace del hombre calumniado, herido,
 Un héroe en el amor y en el perdón.

ÁLVARO.

— ¿ Y qué gana con eso ?

GONZALO,

— Hacer la dicha

De todas las naciones, que se extiende
 Como el ejemplo se propaga, y prende
 El bien de corazón en corazón. . . .

¡ Ser mártir y hacer bien ! Tal es la santa
 Ley del linaje humano redentora :

Imitar la paciencia bienhechora
 Del que bajó á morir por la verdad.
 Eso es virtud : el interés no dicta
 De su alto ministerio el ejercicio ;
 Ella se da á sí misma en sacrificio
 Y muere por salvar la humanidad.

¡ Oh España ! Si en las aras de tu gloria
 Nuestras viles pasiones deponemos,
 Al bien del Rey y al nuestro atenderemos
 Llenando con lealtad nuestro deber.
 Así la noble inspiración siguiendo
 Con que la fe nos liga á la palabra,
 La mutua dicha el patriotismo labra
 Y así de la virtud nace el poder.

ÁLVARO

— ¡ Y aun veneras al Rey !

GONZALO

— Sí, le venero

Como útil y benéfica barrera
 Ante la cual se estrella en su carrera,
 Para bien de mi Patria, la ambición.
 Quítala — y tu derecho y mi derecho,
 Y el derecho de todos es el mismo ;
 La única ley, la ley del egoísmo,
 Y el estado normal, la rebelión.

ÁLVARO.

— ¿Y quién premia el dolor de los leales
Que sufren como tú?

GONZALO.

— ¡Dios!

ÁLVARO.

— Del Dios dudo

Que abismado en su gloria, inerte, mudo,
Deja precipitar la humanidad
De delito en delito desbocada,
De servidumbre en servidumbre ciega,
Ó de la duda en sempiterna brega,
Siempre de tempestad en tempestad.

¡Dios! ¡Religión! ¡Deber! De esos fantasmas
Siervos son tus imbéciles hermanos;
Siempre, para oprimirlos, sus tiranos
Invocan Religión, Dios y Deber.
¡Y es *deber* perdonar al asesino,
Besar la mano al déspota sangrienta,
Y humillarse cobarde ante la afrenta,
Y sufrir el baldón, y perecer!

¡Perecer ¡calumniado! Y en la tumba,
Aquel postrero y misterioso asilo

Donde el delito mismo está tranquilo,
Aun no encontrar de la ignominia el fin!
Sobre el frío sepulcro del anciano
Que fué mi padre, la deshonra vive,
Y me rechaza, ó en mi frente inscribe
La marca odiosa que llevó Cain.

Si sufrirlo es deber, ¡venga el delito! . . .
¿Cuál puede ser el medio reprobado,
Si es un triunfo feliz el resultado,
Y si ese triunfo la ventura da?
El bandido y el bárbaro destruyen,
Y quien la libertad busca y promete,
Tiene que usar el destructivo ariete
Que al fiero despotismo aterrará.

Deja, ¡oh Gonzalo! escrúpulos indignos
De tu elevada mente y fuerte brazo;
¡Vence! . . . De la Victoria en el regazo
Hasta los Huilas te verán lucir.
Eres único estorbo en mi camino :
Une tu brazo al mio, y triunfaremos,
Y pueblos y cronistas formaremos,
Prontos á creer y prontos á mentir.

La humanidad es vil, Gonzalo : el hombre
Sólo admira lo próspera fortuna,
La riqueza, el poder . . . virtud ninguna
Alcanza compasión, si es infeliz.
Que venga el antropófago, y entonces
Ya su respeto el hombre no rehusa;

Con la victoria la maldad excusa,
É inclina ante la fuerza la cerviz.

GONZALO.

— ¡Oh piedad! ¡Tus doctrinas estremecen!

ÁLVARO.

— ¡Y la muerte de un padre! . . .

GONZALO.

— Te comprendo :

Pero yo no lo vengo ni defendo
Con que nos manche un crimen á los dos.
Con eso su deshonra crecería,
Y viera España con los ojos fijos
En los tristes delitos de sus hijos
Más que la ley, ¡la maldición de Dios!

ÁLVARO.

— Venzamos; y el poder nos hará santos.
El mundo teme al que el peligro arrostra
Y vence.

GONZALO.

— ¡Ay, sí! ¡La humanidad se postra
Á adorar el poder, no la virtud!

Sé que al brillo del oro, y al reflejo
De la grandeza, múdanse los hombres,
Y á los delitos dan brillantes nombres
Que engañan á la imbécil multitud.

Porque todo es mentira acá en la tierra :
Nos miente la criatura á quien amamos,
Miéntenos los objetos que miramos,
Nos miente y nos engaña el corazón.
Miéntenos la esperanza que nos guía,
Nos miente la lisonja y nos asecha,
Miéntenos la venganza, aun satisfecha,
Nos miente, aun victoriosa, la ambición.

Y aunque todo es hipócrita mentira,
Y todos la mentira conozcamos,
¡Ay! todos la mentira cortejamos,
Por amor — por rencor — por vanidad.
Sólo la Fe se opone á la mentira
Cuando mintiendo el mundo nos aflige :
Ella sola nos alza y nos dirige
Á Dios, única fuente de verdad.

Fué la Fe santa quien habló á mi padre
Cuando, ya al perecer, siendo inocente,
Prodigó generoso al delincuente
El tesoro cristiano del perdón.
Ella fué la que viendo perseguido
Y encadenado al mártir de los reyes,
Inspiróle respeto por sus leyes
É hizo un héroe cristiano de Colón.

Con tan nobles ejemplos ¿qué me importa
Que el hombre adule al vencedor presente,
Si el hombre en su odio y su alabanza miente
Según se lo aconseja el interés?
El poder no es justicia, aunque los hombres
Al vencedor adulen. Yo no quiero
Más favor que el de Dios, y sólo espero
Tener á Dios de amigo, á Dios por juez.

Vale más arrastrar una cadena
Impuesta por la intriga y el delito,
Vale más con Colón andar proscrito,
Que dictar á dos mundos nuestra ley.
So el peso de los grillos duerme y sueña
El justo en libertad : tras la cortina
De púrpura del trono, está la espina
Que oprime y punza el corazón del rey.

Quiero la libertad entre los hierros
Que el mismo Dios solivia y aligera,
No la dorada esclavitud que impera
Rodeada de pompa y vanidad.
Los que sirven al mundo, y se apasionan
Del funesto oropel de su alabanza,
Siguen también del mundo la mudanza
Y malos son si él premia la maldad.

Los que sirven á Dios, en sus verdugos,
En la calumnia vil y sus furores
Ven ignorancia, ceguera, errores,
Que inspiran, no venganza, compasión.

Buscando á Dios, con libertad al cielo
Se encumbra nuestro espíritu sublime,
Y del delito que á la tierra oprime
Ve con noble desdén la presunción.

Y ante ese Dios cuya piedad imploro,
Sometido á su ley y á su doctrina,
Don Álvaro, mi espíritu se inclina
Anegado en deleite y gratitud.
Ama á tus padres, dice Dios; los amo :
Obedece á tu rey, y le obedezco;
Perdona al que te ofende; y paz le ofrezco,
Y rindo vasallaje á la virtud.

Es la tierra que vió mecer mi cuna,
Sagrada para mí. Tu injusta saña
Ofenda sola á nuestra patria España,
Y de alterar mi fe cese tu afán.
¡Mira esta mano : la señal del crimen
No la ha manchado! ¡Es digna de mi padre;
Digna de sostener á aquella madre
Á quien tus tristes hechos matarán!

Pero tú no la amas, ni te importa
¡Ay! agravar su mísero destino :
De esa madre infeliz el asesino
Tú serás, y baldón de su vejez.

ALVARO.

— No, por piedad!... —
Y el hombre empedernido

Sobre la hierba se postró de hinojos,
Y volvió al cielo los llorosos ojos
Y pensó en Dios por la primera vez.

ÁLVARO.

— Dime que vive aún, y que recuerda
A este infeliz... ¡Mi madre! ¡Mi María!
Por ahorrarle una lágrima yo haría
Cuanto exigiese en su viudez de mí.
Fué de Gaspar la heroica compañera,
Y yo en el campo, del cañón al trueno,
Al desprenderme del materno seno,
Miré la luz y el atambor oí.

Ella por mí velaba; ella en sus brazos
Mi zozobrada infancia protegía
Del sol abrasador, del aura fría,
Del hambre, del cansancio, de la sed.
Y ayudábame tierna, ora arrojando
La bola grave sobre el verde prado,
Ó ya tendiendo al colorín pintado
Entre las ramas la encubierta red.

GONZALO.

— Ahora reconozco, amado hermano,
Al hijo de Gaspar y de María;
Sábelo, pues : la anciana en su agonía
Al mar se entrega, y se dirige aquí.

Ya la llama el sepulcro... ¡Oh! ¡no dejemos
De recibir su bendición postrera!
¿Querrás, Alvar, que consolada muera?
Dime, ¿querrás que le bendiga?

ÁLVARO.

— ¡Sí!

CUADRO DÉCIMO CUARTO

EL ESPECTRO.

Es lóbrega la noche : nublo oscuro
De lluvias y relámpagos preñado¹
Parece haber el mundo sepultado
En abismo de espanto y soledad.
De mi bridón el cuello generoso
Percibo solamente, y el chillido
Por buho misterioso despedido
Al lanzarse en la triste oscuridad.

Los árboles, las piedras y las nubes
Cual temibles fantasmas se presentan,

¹ Repetición literal, con las variantes que exigía la diferencia del metro, del principio del poemita «Casimiro el Montañés.» (El Editor.)